



Vigencia del ensayo como operación político literaria

Textos revisitados

Juano Villafañe

El ensayo tiene una gran tradición literaria y ha sido siempre un género destacado en nuestro continente. Durante todo el siglo XIX “fue la forma más original y vigorosa de la escritura en América latina”.¹ El ensayo como escritura, y sobre todo cuando se elabora desde la primera persona, permite multiplicar lecturas, reconocer autores, establecer polémicas y mostrar una gran variedad de estilos.

El ensayo como literatura de la reflexión se ha distinguido por la prosa “dialogante”² y por “la comunicación abierta”.³ *El Plan revolucionario de operaciones* de Mariano Moreno, un documento clave de la independencia en la Argentina, se funda como una “operación literaria”⁴ y como una operación política. Es un documento que inaugura un ideario de radicalización ideológica y que además tendrá sus detractores que consideraban que el famoso *Plan* no fue escrito por Mariano Moreno. Las dudas sobre la autenticidad o lo apócrifo han sido algunas de las estrategias ensayísticas que marcaron parte del debate intelectual, como señala Jorge Lafforgue en su libro *Explicar la Argentina*.⁵

El descubrimiento del *Plan* revolucionario de operaciones⁶ por parte del investigador argentino Eduardo Madero a fines del siglo XIX, quien estudiaba en el Archivo de Indias en Sevilla la historia del puerto de Buenos Aires, permitiría que se difundiera un texto clave. El *Plan* de Moreno nos permite hoy reconocer algunas de las diferencias políticas entre quienes formaban parte de la Primera Junta de la Revolución de Mayo. Como literatura de reflexión,

¹ Lafforgue, Jorge. *Explicar la Argentina. Ensayos Fundamentales*, Buenos Aires, Taurus - Alfaguara, 2009, p. 11.

² *Ídem*, p. 10.

³ *Ídem*, p. 10.

⁴ *Ídem*, p. 9.

⁵ Desde aquellos tiempos ha quedado establecido un duelo entre quienes sostienen que el Plan es apócrifo (sobresalen en tal sentido los minuciosos trabajos de Ricardo Levene, el extenso estudio de Augusto Fernández Díaz y el de Carlos Segreti en 1978, que “prueba que el documento fue fraguado en 1814”) y quienes no dudan en adjudicárselo a Moreno (militan en este bando figuras tan disímiles como Enrique Ruiz Guiñazú, Liborio Justo, René Orsi, Rodolfo Puiggrós, Miguel Wiñazki, Martín Caparrós y Susana Rotker, quien en 1994 abre su selección de Ensayistas de Nuestra América con “el texto más extenso y de mayor brillo de Moreno” su *Plan de operaciones*, que ha sido “declarado sin razón durante años un documento apócrifo”). Lafforgue, J., *op. cit.*, p. 16.

⁶ Lafforgue, J., *op. cit.*, p. 16.

este documento es sin duda un referente fundamental del ensayo como género, y a la vez un multiplicador de las disputas ideológicas y de las operaciones político literarias.

Los grandes debates entre Sarmiento y José Martí; Sarmiento y Alberdi después de la batalla de Caseros, o las críticas de Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui a Ezequiel Martínez Estrada definen esa “combatividad explícita o solapada”, hacen “del ensayo, un género no pacífico: su beligerancia no es un rasgo menor, es una marca fuerte”, aclara Jorge Lafforgue.⁷

La nota periodística, la crónica, el documento, serán también los otros géneros paralelos que desde la *Gaceta de Buenos Aires*, el primer periódico nacional, acompañarían al ensayo en la reflexión y el debate nacional hasta nuestros días.

Las nuevas tecnologías y los nuevos soportes de contenidos literarios han generado polémicas por las modificaciones culturales que se suscitan hoy entre lectores y pos-lectores. Pero son muchos los *blogs* que demuestran que aquellas escrituras ensayísticas siguen gozando en nuestro presente de una vitalidad original. El ensayo y la literatura de reflexión no se diluyen en los espacios virtuales. Los conflictos entre los distintos tipos de soportes con sus respectivos discursos y lectores están asociados a las soberanías digitales y los comercios electrónicos. Soberanías que implican discutir contenidos y reapropiaciones tecnológicas. El dilema fundamental se suscita en todo caso entre los usuarios y los dueños monopólicos de los soportes electrónicos internacionales.

Atendiendo a la extensa tradición ensayística argentina, consideramos la posibilidad de reconocer una serie de textos y autores que se proyectaron durante la mitad del siglo pasado hasta los años 80 en nuestro país. Pensamos en los siguientes libros: *Nación y Cultura y Echeverría* de Héctor P. Agosti, *Imperialismo y Cultura y ¿Qué es el ser nacional?* de Juan José Hernández Arregui, *En busca de la ideología argentina* de Oscar Terán y *Marx y América Latina* de José Aricó. Se trata de abordar las aperturas tácticas de algunos ensayos, las estrategias político literarias o de comparar búsquedas o definiciones sobre el ser nacional, el eurocentrismo, los desencuentros entre cultura y nación o reconocer otros debates que ofrecen estos ensayos junto a otros autores y materiales que se asocian.

El objetivo es revistar textos y comparar opiniones creando un breve relato construido sobre el gran relato que constituirían los ensayos elegidos. De modo que esto implica el trabajo de nuestra propia escritura conteniendo las otras, es decir, un pequeño ensayo sobre los ensayos. No se presentan necesariamente en forma cronológica sino de lecturas superpuestas, discontinuas, con las tensiones que permite el contraste entre ideas similares o diferentes. El presente potencia estos textos, nos posibilita abordarlos una vez más a fin de volver a multiplicar lecturas a partir de la actividad de nuevos lectores capaces de recorrer estos itinerarios, a partir de los primeros textos.

La justificación que Oscar Terán realiza en la apertura de su ensayo *En busca de la ideología argentina*⁸ colabora con mi propia táctica asociada al sentido de una reescritura. Reinterpretar permite otro punto de partida porque todo título comienza necesariamente siendo un ensayo denominativo. Oscar Terán reconocía que aquel título era proustiano y pensaba que su trabajo era un proyecto imposible. En algún momento dudó respecto del nombre de su libro, el título era *Fragmentos de un discurso ideológico*, inducido por Roland Barthes, pero esta nominación lo disociaba a la vez de su propia historia intelectual. Oscar Terán formaba parte de la cultura sesentista y el ir *En busca de la ideología argentina* lo vinculaba más con la utopía teórica en la que se había formado. En las actuales circunstancias se puede intentar sumar un gesto hacia otro imposible: ir en “la búsqueda del tiempo recobrado” como título

⁷ *Ídem*, p. 12.

⁸ Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, p. 9.

también de otro libro imposible. Pienso entonces atender este doble movimiento de apertura proustiana: la búsqueda de lo perdido como tiempo recuperado, apertura sin clausura ante el presente, pero también como presente y como historia de otros presentes que intentamos construir. El movimiento de Oscar Terán induce a mi propio ensayo para explicar el título de este breve trabajo como una “operación político literaria”. En este caso mi denominación se identifica con el gran texto de Mariano Moreno.

Como parte de una determinada generación, uno necesita que estos movimientos entre tiempos perdidos y tiempos recobrados tengan nuevos anclajes en los presentes recuperados como historia. Varios ensayos se proponen abordar los tiempos perdidos o explicar la decantación histórica en una República muy joven. Sumas, restas, álgebras, técnicas, metáforas, imágenes y topografías que siguen hoy presentes dentro de las antiguas y nuevas fronteras nacionales. Breves tiempos históricos y debates teóricos extendidos. Doscientos años no es nada para la historia. Por eso los tiempos teóricos a veces parecen superar los tiempos vividos. Lo inconcluso como historia a veces nos supera. Miramos hacia atrás como un desafío hacia los estados contemporáneos de las cosas. Quizás el presente instalado en su plenitud nos acorte las distancias y reduzca el pesimismo de las frustraciones nacionales.

Algunos de los debates entre los años 50 y los años 80 pasan a ser ahora el límite de este presente extendido hacia el pasado, límite para una nueva partida también hacia nuevos abordajes inconclusos frente a un presente que tiene un estar histórico particular por la multiplicación de los sucesos que nos impactan a una velocidad inédita en la historia del mundo.

Nación y Cultura

Uno de los rasgos de fondo típicos del debate intelectual y político transcurrió en nuestro país entre quienes reivindicaron la lucha de clases y no siempre comprendieron el problema nacional y quienes desde el nacionalismo popular no siempre comprendieron el conflicto de la lucha de clases. A lo que debe agregarse lo complejo de las formas que adquiriría este conflicto en cada momento histórico en lo cultural, político, económico y social. Tradiciones de la izquierda y del nacionalismo popular que en la disputa generaron antinomias asociadas a frustraciones mutuas. Acertaron en la identificación del enemigo principal pero no compartieron siempre las mismas alianzas ni la misma historia. La falta de correspondencia entre nación y cultura se transporta como una constante hasta nuestros días. Eduardo Jozami en su libro *Dilemas del peronismo* destaca la contradicción de la Argentina en los años 50,⁹ donde un gobierno que realiza profundas transformaciones sociales desde 1946 no logra resolver la modernización cultural en nuestro país. Los grandes cambios culturales se producirían desde 1955 en adelante, dentro de un proceso regresivo y reaccionario en lo social y político que no tendría en su momento la visibilidad necesaria dentro del campo intelectual.¹⁰

El conflicto entre nación y cultura tuvo y tiene en nuestro país también rasgos regionales. Para tomar un mínimo ejemplo: en la disputa de imaginarios dentro del campo de la música

⁹ Eduardo Jozami se pregunta si la considerada modernización cultural en nuestro país que se atiende como fenómeno desde 1955 en adelante, no tiene también mucho que ver con las profundas transformaciones realizadas antes en lo social por el peronismo. Jozami, Eduardo. *Dilemas del peronismo*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2009, p. 48.

¹⁰ Oscar Terán reconoce que “el ambiente intelectual se siente tan agredido por los ocupantes del Estado que le resulta muy difícil justipreciar el significado de la ampliación de la participación económica, social y cultural hacia sectores sociales subalternos. De allí que para que aquellas actitudes, opiniones y diferencias se transformaran en un principio de escisión iba a ser necesario que el peronismo dejara de ser el factor aglutinante por oposición”. Terán, Oscar. *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008, p. 69.

durante los años 50-60-70 las representaciones provinciales y las metropolitanas competían entre el tango y el folclore, se reivindicaban además las nuevas formas populares que ofrecía el movimiento de la nueva canción. Tanto el tango como el folclore se consideraban como expresión de lo nacional y popular y se rechazaba al movimiento del rock, por ser extranjerizante.¹¹ Será paradójicamente el propio rock con un proceso industrialista de por medio, el que impactará en los centros metropolitanos con identidades propias y generará uno de los fenómenos de resistencia cultural más importante contra la dictadura genocida instalada en 1976. ¿No se producía entonces al pretender reconocer unilateralmente una matriz nacional y popular desde el tango y el folclore cierto conservadurismo cultural, al rechazar al proceso modernizador que emergía ya desde los años 60 con el rock nacional? Por otra parte, ¿se puede desconocer el rol del folclore, el tango y el rock, dentro de cada historia, en la conformación de una identidad nacional?¹²

Las preguntas sirven como ejemplo para comprender la complejidad de las relaciones entre nación y cultura asociadas a los fenómenos de regionalización política, lucha de imaginarios, políticas culturales, nuevas tecnologías y por cierto transformaciones pendientes de las estructuras de nuestra sociedad.

Pero el conflicto envolvente entre la lucha de clases y el problema nacional, el sujeto de la transformación política, el ser nacional, los alcances de una alianza antiimperialista y la dirección política de esa alianza conformaron debates que pueden ser hoy revisitados para comprender parte del presente. “A partir de 1930 comenzamos a padecer la metafísica telúrica del ser nacional”,¹³ escribe Héctor P. Agosti en *Nación y Cultura* y describe a Eduardo Mallea –en la vertiente liberal– y a Raúl Scalabrini Ortiz –en la vertiente nacionalista– como los promotores de esa corriente preocupada por definir una identidad y con matices existenciales.

La soledad de la pampa habría modelado al hombre argentino y por ende era posible una metafísica y una telurización de la historia. Scalabrini Ortiz, preocupado ante la posible norteamericanización de la juventud, reconocerá: “El espíritu de la tierra no lo permitiría. Él tiene un destino y ha de cumplirlo”.¹⁴ Scalabrini se remite al “Hombre de Corrientes y Esmeralda”, o sea a un ciudadano del mundo urbano que recién comienza a construir su identidad cosmopolita, habla de “una construcción humana fundada en la índole metafísica del país”.¹⁵ Para Agosti aquella “metafísica del espacio infinito puede ser acaso justificación inconsciente del latifundio”.¹⁶ La prioridad de Agosti se concentra en la necesidad de reconocer en todo caso un ser social frente al ser metafísico. Para el autor de *Nación y Cultura*, ciertas opiniones remitían a una “ontología ignorante de las condiciones reales en que se mueve el ser histórico”¹⁷ y confrontaba con “la endeblez de esta explicación teológica-psicológica”¹⁸ que

¹¹ Héctor P. Agosti ponía en consideración al polemizar sobre el rol del tango con Hernández Arregui: “la invasión cosmopolita de los rocks y otras extravagancias, promovidas por los útiles mecanismos imperialistas de las radios en cadenas, los cines en cadena, y los monopolios de la industria fonográfica”. Agosti, Héctor P. *Nación y Cultura*, Buenos Aires, Capítulo: Biblioteca Argentina fundamental, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 132. Creo conveniente considerar que la concentración deformante de una cultura o los subproductos que se derivan de géneros culturales originales siguen siendo un problema de fondo, del que tampoco se han escapado el tango y el folclore. La reapropiación nacional del rock internacional generó otros mestizajes musicales urbanos locales que conviene considerar y estudiar con relación al fenómeno de las industrias culturales y la identidad nacional, donde el conflicto de fondo quizás ya no sea entre arte nacional y arte internacional, sino entre los artistas creadores originales, sean nacionales o internacionales, y los monopolios propietarios de las nuevas tecnologías.

¹² Se entiende que no se consideran los sub-productos musicales de la industria discográfica colonizada.

¹³ Agosti, H. P., *op. cit.*, p. 220.

¹⁴ Scalabrini Ortiz, Raúl. *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires, Editorial Fundación Ross, 2008, p. 45.

¹⁵ *Ídem*, p. 56.

¹⁶ Agosti, H. P., *op. cit.*, p. 223.

¹⁷ Agosti, Héctor, P. *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, marzo de 1955.

permite desconocer “la función dominante del imperialismo norteamericano en la vida de nuestro continente”.¹⁹ Según Agosti la idea de instalar una “ahistoricidad irrecuperable”²⁰ sería “el mejor tributo que la sumisión imperialista puede anhelar entre nosotros”;²¹ se negaba a considerar que un “misterioso agente telúrico obre constantemente como invisible muralla ante los avances del hombre social”²² para agregar: “porque de eso se trata: del hombre social, no simplemente del que está solo y espera”.²³

Pero *El hombre que está solo y espera* será, junto a la totalidad de la producción de Raúl Scalabrini Ortiz, una obra de referencia ideológica para el nacionalismo popular en la Argentina. El propio Perón lo considerará “jefe espiritual de los intelectuales argentinos”.²⁴ La revelación de Scalabrini Ortiz anunciada con su célebre frase “el subsuelo de la patria rebelado” definiría desde lo telúrico-urbano un sujeto que no era reconocido como el ciudadano natural; el nuevo emergente que provenía del subsuelo no tenía todavía sus credenciales en la superficie territorial de la sociedad argentina establecida. La cultura de izquierda y la cultura peronista identificarán al enemigo común: el imperialismo, pero se organizarán abordajes distintos para reconocer la conformación de un sujeto nacional. Al producirse hoy una relectura de estos ensayos fundamentales, uno puede hacerse las siguientes preguntas: ¿No resulta importante una ontología del ser argentino en tanto ser social como aporte a una cultura de lo particular nacional? Para definir un sujeto político de la transformación, ¿no debemos considerar además la forma en que la mayoría del pueblo se relaciona con la riqueza del país? Resolver una identidad del ser nacional sólo desde la metafísica ofrece limitaciones, pero la conformación de un ser social también se integra de subjetividades de carácter existencial. Resulta interesante reconocer un debate intelectual que trataba de comprender un sujeto nacional asociado a su vez a experiencias políticas donde el liberalismo, para confrontar con el peronismo, contactaba con la izquierda que a su vez intentaba resolver la “tensión nacional popular” que el propio Gramsci había calificado como la forma necesaria y posible para alcanzar la hegemonía política.

En la revisitación de estos textos donde aparecen aquellas disputas intelectuales dentro de los movimientos políticos, llama la atención lo que debió haber sido sin duda una experiencia sorprendente: reconocer las configuraciones populares que se iban produciendo dentro del marco teórico propuesto por Gramsci y recogido a su vez por Héctor P. Agosti con relación a la “cultura de masas que operan unitariamente”. En uno de los pies de página de *Nación y Cultura* se aclara:

(...) el carácter de la filosofía de la praxis que, según Gramsci, consiste especialmente en ser una concepción de masas, una cultura de masa y de “masa que opera unitariamente”, es decir, que tiene normas de conducta no sólo universales en la idea, sino “generalizadas” en la realidad social.²⁵

La “generalización” que ofrecía el peronismo, particularmente durante la resistencia, luego del golpe de 1955, establecía a su vez una nueva conformación no sólo de masas sino también de elites intelectuales del nacionalismo popular que incorporaban sus voces al debate dentro de los núcleos tradicionales del liberalismo y la izquierda. La operación política literaria

¹⁸ *Ídem.*

¹⁹ *Ídem.*

²⁰ Agosti, H. P., *op. cit.*, p. 227.

²¹ *Ídem*, p. 227.

²² *Ídem*, p. 227.

²³ *Ídem*, p. 227.

²⁴ González, Horacio. *Perón: reflejos de una vida*, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 169.

²⁵ Agosti, H. P., *op. cit.*, p. 129.

establecida por Héctor P. Agosti apostaba a resolver la falta de correspondencia histórica entre nación y cultura ante el “anacronismo de una sociedad que aspiraba a ser nacional sin haberse constituido nacionalmente”. Héctor P. Agosti, junto a la búsqueda teórica en la militancia orgánica dentro del Partido Comunista, tuvo además que asumir la disputa por la dirección política del conflicto y de las propias masas con el peronismo. Héctor Agosti explicaría la función de los intelectuales desde su propia práctica y desde su propia teoría y también para ello trasladaría el mundo teórico de Antonio Gramsci a la Argentina. El debate se amplificaría por el surgimiento de otras expresiones políticas que confrontarían desde diversas identidades la conducción política del país.

La Revolución Cubana revitalizaría nuevas corrientes de izquierda y del nacionalismo popular. John William Cooke, intelectual orgánico del peronismo revolucionario, iba a disputar a la izquierda la propia clase obrera al declarar: “En la Argentina los comunistas somos nosotros”.²⁶ Pero la disputa, el conflicto y la dirección política de ese conflicto no eran sencillos. Horacio González en su ensayo *Perón. Reflejos de una vida* recuerda:

(...) en 1967 Cooke escribiría un trabajo destinado a tener larga trascendencia por contener una frase-concepto a la cual uniría su nombre: *el peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués*. Este dicho era su medallón titilante.²⁷

En esa frase, que incluso se la había hecho leer a Perón en la *Correspondencia*, reposaba, para Horacio González, “un programa, una ética y una filosofía de la historia”.²⁸

Pero la complejidad en la disputa y en la dirección de la disputa no era simple para nadie. Horacio González aclara a propósito del accionar del propio Cooke:

Ese movimiento que quebraba la línea de lo normal dejaba a la realidad en el umbral de un gran cambio pero no sabía cómo concretarlo. El hecho maldito, ese saber sin saber, impedía que se desplegara la potencialidad burguesa. Pero él mismo era burgués, representando un antagonismo inevitable aunque en el seno de la misma escena cultural: hablaba de revolución para impedir la revolución, impedía la revolución creando al mismo tiempo sus motivos principales.²⁹

Por otros caminos Héctor P. Agosti, como parte de la disputa en la década del 70, llegó a dirigir uno de los grandes movimientos que tuvo la izquierda: el Encuentro Nacional de los Argentinos. El propio Agosti, creador de ese espacio político, había acuñado una frase propia que resumía su objetivo intelectual: “con las masas todo, sin las masas nada”.

Para proyectar este debate sobre la identidad del ser nacional en este presente, vale reconocer la forma en que algunos caminaron nuestro suelo y la forma en que hoy podemos seguir recorriendo esa huella. Pienso en las “Coplas del payador perseguido” de Atahualpa Yupanqui para comprender una identidad existencial y social que modelaba un estado del habitante argentino. Pensemos antes en el baquiano y el rastreador tan bien definidos en el *Facundo* (1845) de Sarmiento, y más acá, en *Radiografía de la pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada, donde el ensayista bahiense los nombra en su capítulo “Las fuerzas telúricas” considerando la dimensión de aquellos hombres: “el baquiano y el rastreador, cuyos avatares últimos pueden verse en los conductores de multitudes y en los improvisadores del saber”.³⁰ Aprendizaje existencial del hombre en los accidentes de la naturaleza que luego se proyectaría

²⁶ Jozami, E., *op. cit.*, p. 159.

²⁷ González, H., *op. cit.*, p. 196.

²⁸ *Ídem*, p. 196.

²⁹ *Ídem*, p. 197.

³⁰ Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 138.

sobre los espíritus públicos nacionales. Martínez Estrada realiza el olfato y la mirada detectivesca del rastreador:

Conoce la diferencia entre la hierba que se marchita sola y la que se marchita por presión de un cuerpo extraño; en la huella se ve si la bestia va cansada, satisfecha o hambrienta, si cargada o de tiro, si era macho o hembra, si era regida por mano segura o inexperta, si era guiada con o sin apuro.³¹

Pero vaya a saber sobre la propiedad de qué campos se rastreaba la huida o se reconocía el terreno, quiénes eran sus dueños o gamonales.

Hoy sigue siendo tan necesaria una nueva ontología del ser social como la distribución equitativa de la tierra. Justamente Agosti trataba de darle movilidad a aquella cristalización telúrica de un sentimiento que en el fondo también pretendía legitimizar la propiedad latifundista de la tierra. Pero la identidad se funda entre la vida existencial del ser y la distribución de la riqueza que recibe ese ser, reapropiación entonces tanto simbólica afectiva como material de la patria. La identidad y el conflicto entre cultura y nación están asociados directamente a una distribución democrática de los bienes culturales en el conjunto del país como en las regiones y provincias.

En el pensamiento de Jean-Paul Sartre, que tanto impactó en nuestro país en las décadas del 50-60, hay una frase que bien puede reconocerse como complementaria de la disputa político intelectual que cristalizó posiciones antagónicas sin suerte de resolución: “tanto el idealismo como el materialismo hacen desvanecer lo real, el uno porque suprime la cosa, el otro porque suprime la subjetividad”.³² El nacionalismo popular y el marxismo en la argentina abreviarían de las mismas aguas inquietas con divisorias teóricas, diversas suertes, distintas pautas culturales, interpretaciones de lo artístico no siempre coincidentes.

Antonio Gramsci y su “encuentro” con Esteban Echeverría

Podría decirse hoy que el ensayo *Echeverría* de Héctor Agosti, escrito el año del centenario del autor de “El matadero”, es un intento político literario por recuperar el tiempo perdido. Se trata de un texto que apuesta a una escritura sobre la “revolución incumplida”,³³ un trabajo donde se reconoce la necesidad del debate sobre las ideas ante “una realidad de fatídicas perversidades apoyada en invariantes psicológicas de carácter casi metafísico”.³⁴ Para Agosti, el escritor Echeverría estaba a la altura del país “plebeyo”, “porque en esa comprensión de la realidad reside la grandeza política”.³⁵ Se trata de un estudio asociado a una aventura teórica que permitiera reconocer al intelectual, al político y al poeta en las contradicciones, las debilidades, el exilio y a veces al ciudadano “abatido por el abandono, siempre perseguido por la enfermedad”.³⁶ Agosti define a Echeverría como un “clásico-romántico” con un “tono inconfundible de lo nacional-popular”.³⁷ La generación del 37 y particularmente Echeverría, desde su libro *El Dogma Socialista*, se proponen para Agosti recuperar la tradición jacobina argentina sin partido y sin sujeto claro nacional histórico, sin un sujeto claro no tanto por el lugar desde el que Echeverría miraba a los hombres, sino por la propia debilidad del conglomerado popular frente a las rígidas estructuras militares de la época y el rol ineludible

³¹ *Ídem*, p. 140.

³² Jozami, E., op. cit., p. 190.

³³ Agosti, Héctor P. *Echeverría*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1951, p. 12.

³⁴ *Ídem*, p. 11.

³⁵ *Ídem*, p. 15.

³⁶ *Ídem*, p. 202.

³⁷ *Ídem*, p. 183.

de los caudillos, cierto desgarramiento en querer completar la revolución inconclusa y la dificultad para encontrar a los hombres y a la técnica política que contuviera a esos posibles hombres. A ello deben agregarse las limitaciones de los propios jacobinos argentinos que ofrecían mayor visibilidad en las expresiones formales y no tanto en las acciones profundas. Con el fin de demostrar esta debilidad local, Agosti recurre a Gramsci indicando el rol que tuvieron los jacobinos ante la burguesía francesa.

Según Paul Groussac, el autor de *La Cautiva*, estaba “seducido por las utopías que pertenecían entonces a los trabajadores europeos”.³⁸ Para Agosti, la obra de Echeverría se radicaba en nuestro país con identidades propias y se trataba además de

(...) [una] revolución en la sociedad (*Dogma socialista*), revolución en la economía (*Segunda lectura*), revolución en la literatura con la réplica a Alcalá Galiano, revolución en la educación (*Mayo y la enseñanza popular en el Plata*).³⁹

Una frase de Echeverría en su propio escrito, *Dogma Socialista*, lo define en la esencia de su pensamiento cuando aclara: “Las costumbres de una sociedad fundada sobre la desigualdad de clases, jamás podrán fraternizar con los principios de igualdad democrática”.⁴⁰ Por otra parte, Echeverría critica al “constitucionalismo” de Sarmiento en el *Facundo*, indicando que para que la ley tenga valor, para que no sea transitoria:

(...) carecerá de sanción por el criterio público si el legislador, en lugar de hacer una que tenga raíces vivas en la conciencia popular, se limita a plagiar legislaciones extrañas: su obra será un monstruo abortado, un cuerpo sin vida, una ley efímera y sin acción.⁴¹

Pero Juan José Hernández Arregui en su libro *¿Qué es el ser nacional?* tendrá una mirada diferente: “Es Juan Bautista Alberdi, y no Echeverría, el mejor exponente de la llamada generación del 37”,⁴² contrastando radicalmente con la mirada de Héctor P. Agosti. Además, Hernández Arregui indica:

La democracia para Echeverría, es el orden de la burguesía liberal aderezado con las nebulosidades del “progreso”, la “asociación”, “fraternidad”, “igualdad”. Todo ello sobre la “tradición de Mayo”. Es la ideología del liberalismo posterior a la Revolución Francesa, ya enterrada, salvo en las frases pomposas. Es la ética literaria del poder burgués convalidado en América (...)⁴³

Y agrega: “Echeverría es un afectuoso reaccionario, no un espíritu progresista”.⁴⁴

Resulta notable hoy la disparidad de interpretaciones sobre Echeverría. Para quien escribe este artículo se hace necesario revisar estas tensiones, situaciones que pueden cristalizarse como estereotipos antagónicos, dentro de un maniqueísmo histórico permanente. El propio Juan Bautista Alberdi en una carta desde Valparaíso, Chile, de mayo de 1851, ante la muerte de Esteban Echeverría, reivindicaba a su compañero del Salón Literario.

La figura de Antonio Gramsci será instalada por Agosti en su ensayo *Echeverría* para indicar la importancia del dominio de la técnica política, poner en evidencia una organicidad ausente

³⁸ *Ídem*, p. 195.

³⁹ *Ídem*, p. 195.

⁴⁰ Lafforgue, J., *op. cit.*, p. 79.

⁴¹ Agosti, H. P., *Echeverría, op. cit.*, p. 36.

⁴² Hernández Arregui, Juan José. *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Editorial Catálogos, 2002, p. 77.

⁴³ *Ídem*, p. 75.

⁴⁴ *Ídem*.

y la necesidad del “instrumento técnico de un partido”⁴⁵ en función del programa que ofrecía justamente el *Dogma Socialista*. Una organización política que superase la confrontación y le diera continuidad a la revolución era el objetivo de Echeverría: “Nosotros no somos unitarios ni federales porque creemos que unos y otros han comprendido mal el pensamiento de Mayo o lo han echado en el olvido”⁴⁶ (líneas de una carta dirigida a Urquiza). Pero el dato relevante es el gesto de Agosti en la búsqueda de un cuerpo orgánico que explique a sí mismo el sentido de una revolución nacional inconclusa. Para ello recurrirá a la figura del pensador italiano Antonio Gramsci acercando paralelismos de organicidad política en distintos tiempos y en distintos espacios. La operación política literaria de Agosti apuesta a que se reconozca a la generación del 37 como la que “denuncia por primera vez en la vida argentina la llaga dolorida de la nacionalidad en gestación”,⁴⁷ y el deseo de hacer “una nación de un país desierto”⁴⁸ y casi sin historia.

La audacia teórica de Agosti de acudir a Gramsci por primera vez en la Argentina para explicar a su vez a Echeverría bien puede compararse con el otro gran desafío de José Aricó de recurrir a Hegel y Lenin para explicar a Simón Bolívar en el ensayo *Marx y América Latina*. En la búsqueda teórica de Agosti es manifiesta la necesidad de construir un mundo orgánico gramsciano, al tiempo que la propia praxis de Agosti articulaba las políticas de fondo, históricas, teóricas y estratégicas, en las propias coyunturas. Originalidad en la transposición para establecer un anclaje en que descansase una parte de la historia, identificación del cuerpo nacional para continuarlo y transformarlo, traslación de Gramsci para comprender a Echeverría. Héctor P. Agosti abordó esta operación política literaria de llevar a Gramsci hacia Echeverría para darle visibilidad a una historia inconclusa del pensamiento revolucionario argentino.

La ideología argentina

Oscar Terán en su ensayo *En busca de la ideología argentina* abordará el riesgo de una escritura proustiana como él mismo define la aventura de escribir e indagar sobre “los estratos unitarios de ideas que pudieran restituir el suelo común de algunas certezas argentinas”.⁴⁹ Los años 50 y los años 60 multiplicarían las búsquedas de los instrumentos técnico políticos en los distintos campos ideológicos donde se producía una literatura de reflexión, también se multiplicarían los campos teóricos, las discusiones y los virajes políticos.

Dentro de diversos grados de organicidad los intelectuales argentinos debatirían desde las tradiciones liberales y marxistas el nuevo fenómeno del peronismo. Oscar Terán como gran rastreador ideológico cultural iba a reconocer un tiempo que coincide con su vida personal y nos deja uno de los trabajos más completos sobre esos años que fundamentalmente están marcados por el rol de la revista *Contorno* y sus colaboradores. Desde la revista mencionada se inicia un camino “que se rebelaba contra el ontologismo telúrico y ahistorizado”⁵⁰ contra el que Héctor P. Agosti había confrontado varias veces y se inauguraba una nueva ensayística. La modernización desplazó definitivamente la lógica “ontológico-intuicionista dominante

⁴⁵ Agosti, H. P. *Echeverría*, *op. cit.*, pp. 33 y 35.

⁴⁶ *Ídem*, p. 29.

⁴⁷ *Ídem*, p. 121.

⁴⁸ *Ídem*, p. 121.

⁴⁹ Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986, p. 9.

⁵⁰ Terán, Oscar. *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2004, p. 68.

desde la década del 1930⁵¹ y la literatura de reflexión pasó a tener un modelo que se suponía más científico, más racional.

La revista *Contorno* sería la referencia de aquella modernización y representante de la generación “denuncialista” que tomó a Jean-Paul Sartre como modelo intelectual y promocionó la primera etapa del movimiento desarrollista encarado por Arturo Frondizi. Oscar Terán da cuenta en su ensayo *En busca de la ideología argentina* del malestar que rodeaba a los intelectuales y la posibilidad que se ofrecía desde el existencialismo sartreano de unificar un campo cultural heterogéneo para “hacerse cargo de la propia situación con una amplitud que bien podía albergar una fuerte tendencia a la ‘socialización’ y ‘nacionalización’ de todas esas preocupaciones”.⁵²

La generación “denuncialista”⁵³ que mantenía una relación equidistante, ambivalente o crítica hacia el liberalismo se relocaliza frente a la caída del gobierno peronista. Oscar Terán reconoce que la

(...) satanización del peronismo hasta convertirlo efectivamente en un “hecho maldito” y la terquedad de esa identificación entre las clases populares restó legitimidad a la gestión de la Revolución Libertadora ante los ojos de la intelectualidad crítica.⁵⁴

Una de las definiciones más asombrosas sobre el peronismo la produce Ezequiel Martínez Estrada:

El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie había reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno. Porque había ocurrido que, hasta entonces, habíamos vivido extraños a parte de la familia que integraba ese pueblo, ese miserable pueblo.⁵⁵

Oscar Terán reconoce la culpa de los intelectuales ante la llegada del Otro “donde se conjuntaban todas las virtudes de una verdad sin razones y todas las carencias de una razón sin verdad”.⁵⁶

Para los intelectuales que se autorrebelaban ya no era posible aceptar la visión devaluada de los nuevos protagonistas calificados como “las bandas de *Lumpenproletariat*”⁵⁷ colocando “las patas en la fuente”. Terán reconocería que la revista *Contorno* percibía bien que su intento de revisión del peronismo debía inscribirse bajo la advocación alberdiana de la generación del 37.

El movimiento “arielista” impulsado por la obra del uruguayo José Enrique Rodó tendría en América Latina en las primeras décadas del siglo XX un alto impacto transformador y la figura del intelectual aparecería como el nuevo sujeto capaz de transformar la realidad de nuestro continente. El primer movimiento modernizador en las primeras décadas del siglo XX tuvo rasgos internacionalistas, las vanguardias literarias iniciadas en Europa impactaron sobre las escrituras locales.

⁵¹ *Ídem*, p. 74.

⁵² Terán, O., *En busca de la ideología argentina*, op. cit., p. 214.

⁵³ “Generación denuncialista”: Integrada por escritores vinculados a la revista *Contorno* o *Centro*, entre ellos David Viñas, Juan José Sebreli, Ismael Viñas.

⁵⁴ Terán, O., *En busca de la ideología argentina*, op. cit., p. 215.

⁵⁵ *Ídem*, p. 223.

⁵⁶ *Ídem*, p. 224.

⁵⁷ *Ídem*, p. 225.

El movimiento “arielista” a la vez alcanzaría alta resonancia en América Latina en la figura de José Carlos Mariátegui, representante de ese proceso de cambio en lo político literario y de la búsqueda de una identidad latinoamericana. Bien puede considerarse a Mariátegui como “el Gramsci” de Nuestra América porque se preocupó también por la búsqueda de lo nacional popular desde rasgos particulares étnico culturales y observando especialmente que el racionalismo e irracionalismo europeo no se identificaban necesariamente con nuestra forma de clasificar el pensamiento. Debemos agregar cierto rechazo de Mariátegui al modelo científicista “que penetró hegemónicamente”⁵⁸ a fines del siglo XIX y principios del XX y su concepción “antiintelectualista”⁵⁹ que está asociada de alguna forma a ese sentido vitalista y reivindicativo del Mito que el proletariado podía reconocer como la revolución social ya que la “fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia, está en su fe, en su pasión, en su voluntad”.⁶⁰ Estas palabras rescatadas por Terán pertenecen justamente a José Carlos Mariátegui.

En nuestro país durante el peronismo y particularmente después de 1955 se construye una tendencia antiintelectualista que tiene diversas raíces. Por una parte la identificación que hacían los sectores populares de los intelectuales vinculados con la revista *Sur* y su carácter elitista y conservador. Por otra, por las condiciones de clase pequeño burguesa a la que pertenecían esos nuevos intelectuales, y además, por la actitud de ciertas tendencias “obreristas” que al pretender identificarse con el trabajador como el productor real de riquezas, despreciaban el ocio gratuito de la actividad filosófica. Desde la trillada frase “alpargatas sí, libros no” con sus diversas interpretaciones, a la confrontación entre vida popular y Universidad, a la propia culpa que según Terán sentía la “franja denunciacionista” de los intelectuales reunidos en la revista *Contorno* y la necesidad de testimoniar con acentos desgarrados hasta qué punto se había abierto un abismo entre ellos y ese pueblo elegido como interlocutor privilegiado; la vida intelectual aparecía cuestionada desde el propio campo popular como dentro del propio sector de las elites.

Junto a la reelaboración del fenómeno peronista el grupo de *Contorno* se asocia y respalda la candidatura a presidente de Arturo Frondizi. La definición de David Viñas observada por Oscar Terán demostraba la proyección y valorización que se hacía de la figura de Frondizi en el campo intelectual, lo que indicaba también la necesidad por parte de los “denunciacionistas” de salir del maniqueísmo político de la historia argentina y de vincularse de alguna forma con la generación de Echeverría. Los intelectuales y un importante sector representante del progresismo veían en la figura de Arturo Frondizi una nueva posibilidad que se brindaba para la transformación política y cultural. La definición de Viñas es categórica en ese sentido:

(...) al fin un político que entendía el país y tenía libros en su casa (...) Libros y realidad: la síntesis esperada durante años (...) Un Roosevelt que conocía a Lenin, la síntesis de libros y alpargatas y de Unitarios y Federales, El Gran Proyecto, el país al día.⁶¹

Pero en muy breve tiempo comenzaron a expresarse las contradicciones dentro del propio núcleo social que había respaldado a Frondizi por el incumplimiento programático. Tulio Halperín Donghi expresará el momento que se vivía:

Podemos alcanzar rápidamente una moraleja, que quiere ser válida para 1837 como para 1958: estos revolucionarios no pudieron serlo porque no se pusieron al servicio de la única

⁵⁸ Terán, Oscar. *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985, p. 75.

⁵⁹ *Ídem*, p. 75.

⁶⁰ *Ídem*, p. 77.

⁶¹ Terán, O., *En busca de la ideología argentina*, op. cit., p. 242.

fuerza de veras revolucionaria; divorciados del pueblo, su revolución no podía ser sino la de los grupos dominantes que encuentra siempre y bien pronto sus límites.⁶²

Pero la desilusión del grupo *Contorno* frente a la gestión de Arturo Frondizi no se hizo esperar, “el desengaño era naturalmente desgarrador”⁶³ y se “abandonarán sus ya escasas ilusiones sobre las relaciones del saber con el poder”.⁶⁴

El ensayo de Oscar Terán *En busca de la ideología argentina* permite reconocer el período político que va particularmente de 1955 a 1958 y las nuevas condiciones que se generaron en la vida de los intelectuales progresistas con relación al Estado, la Revolución Libertadora y la experiencia frondizista que “reforzó la tradición ‘modernista’ de la incontaminación intelectual con el Príncipe”.⁶⁵ Terán reconoce:

Se ofrecerían a partir de ello condiciones aptas para el perfilamiento más nítido de una cultura segregada institucionalmente del poder político y autolegitimada ideológicamente en dicha marginalidad además por el hecho de que sus miembros no se solidarizaron con el pasado liberal de sus antecesores pero tampoco se sintieron parte de la cultura peronista. Entre la Institución y los Márgenes, entre la universidad y el autodidactismo, quedaba un espacio en el que se inscribían futuras tensiones en la constitución de una nueva figura del intelectual.⁶⁶

Se dispara de esta forma un modelo de vida cultural independiente por parte de los intelectuales argentinos y la función del intelectual como conciencia crítica, zona de alguna forma a la que el propio Oscar Terán pertenecía.⁶⁷ Un jacobinismo sin partido volvería a la deriva y a conformar cierta institucionalidad unipersonal de figuras que regresarían a los propios territorios en que se habían formado: la Universidad, el autodidactismo, el periodismo.

La Revolución Cubana posteriormente estimularía nuevamente las relaciones con la política, la intelectualidad iba a combinar entonces diversas prácticas dentro de la izquierda y el nacionalismo popular. Terán reconoce en *En busca de la ideología argentina* que la ensayística y los debates por aquellos años se abroquelaban sobre cierto determinismo:

Si las verdades ocurrían siempre en otros lados, si la lógica de la economía se identificaba con la lógica de la historia, la cultura adquiría la imagen grotesca de lo superestructural y las palabras hallaban negada su eficacia simbólica.⁶⁸

Para Terán, “este enfrentamiento de palabras estaba caracterizado paradójicamente por cierto descreimiento en la eficacia de las palabras y por una inclinación notoria hacia el culto de la práctica”.⁶⁹

⁶² *Ídem*, p. 246.

⁶³ *Ídem*, p. 245.

⁶⁴ *Ídem*, p. 241.

⁶⁵ *Ídem*, p. 245.

⁶⁶ *Ídem*, pp. 245 y 246.

⁶⁷ “Eso es un intelectual, una persona que mantiene una relación crítica con una serie de instancias, de poderes, con un cierto grado de autonomía respecto de la economía, del apellido, del linaje, de la política. Eso sería un tipo ideal de intelectual, después esto nadie lo cumple. Los tipos ideales se usan para ordenar la realidad”. Definición de Oscar Terán en el reportaje editado por la Revista de Cultura *El Descubrimiento* en www.el-descubrimiento.com.ar

⁶⁸ Terán, O., *En Búsqueda de la ideología argentina*, op. cit., p. 240.

⁶⁹ *Ídem*, p. 250.

Pero aquellas prácticas que en última instancia “pudieran restituir el suelo común de algunas certezas argentinas”⁷⁰ desde la unidad con las lógicas diferencias políticas en la década del 60, terminarían siendo, para Oscar Terán, “arrastradas por un viento implacable que rápidamente identificó con el curso mismo de la Historia, ese viento que los estrellaría un día contra desgracias entonces impensadas”.⁷¹ Desgracias impensadas que se iban a desplegar en los años 70.

Para Oscar Terán también vendrán otras historias y otros vientos, que a su manera y dentro de su propia trayectoria intelectual, trató de explicar en uno de sus últimos libros *De utopías catástrofes y esperanzas*, búsqueda que él mismo se encargaría de resumir:

El optimismo suele ser un sentimiento bobo, y el pesimismo suele ser trivial y convocar a la pereza intelectual. Prefiero la esperanza. Me gusta citar a Octavio Paz cuando decía que quien conoció la esperanza ya no la olvida. La sigue buscando bajo todos los cielos; entre todos los hombres, entre todas las mujeres (...)⁷²

La cultura nacional

En el prólogo que realiza Rodolfo Ortega Peña para el libro *Imperialismo y Cultura*, reconoce que el “proceso peronista lo había vivido en una experiencia indirecta, la de mis padres”⁷³ y aclara que su familia se había beneficiado con la política económica de Perón pero que a la vez se lo negaba “en forma absoluta a nivel ideológico”.⁷⁴ El detalle indicado por Ortega Peña para presentar el ensayo de Juan José Hernández Arregui es indicativo de una realidad generacional inmersa en el conflicto persistente: nación, política y cultura. Una generación que reconocerá justamente en este texto uno de los afluentes de su formación intelectual en los años 60. Debemos considerar por otra parte la particular desconfianza que el peronismo mantenía hacia las ideas marxistas y que este libro cultivaba especialmente en aquellos años.⁷⁵ Desde las palabras introductorias de Ortega Peña al libro *Imperialismo y Cultura* escritas en 1964 se observa una crítica frontal hacia las figuras claves del ambiente intelectual dominante como Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, donde la mirada sobre lo político supera con creces la mirada sobre la propia obra literaria de los autores con que se confronta. El propio Ortega Peña efectuó en el año 1958 una crítica de *Imperialismo y Cultura* para la revista *Mar Dulce* vinculada en la Universidad con el Partido Comunista que no fue publicada porque el autor era “demasiado peronista”.⁷⁶ Pero dicha crítica y las palabras de agradecimiento de Hernández Arregui (editados en el apéndice del libro *Imperialismo y Cultura*) son indicativas de un debate que de alguna forma se proyecta hasta nuestros días. Decía Ortega Peña en ese breve comentario: “Creemos que hablar del ‘ser nacional’ no es hablar de una ‘esencia metafísica’ sobrenatural y oscura”,⁷⁷ para agregar más adelante:

(...) la verdad es el todo –decía Hegel con razón–, pero ese Todo, el concreto, contiene dentro todos los momentos cancelados. Así nuestro ser nacional, lo que hemos llegado a ser

⁷⁰ *Ídem*, p. 9.

⁷¹ *Ídem*, p. 253.

⁷² Terán, Oscar. *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006.

⁷³ Hernández Arregui, Juan José. *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1964, p. 7.

⁷⁴ *Ídem*, p. 7.

⁷⁵ *Ídem*, p. 10.

⁷⁶ *Ídem*, p. 9.

⁷⁷ *Ídem*, p. 343.

como nación, es nuestro todo, pero dentro contiene todos los momentos, aun aquellos que despreciamos.⁷⁸

Ortega Peña definirá además el sujeto nacional:

Más la negatividad absoluta que impele el proceso histórico es la clase obrera, heredera del indio perseguido, del gaucho que cantó Hernández, del “cabecita negra”, del anónimo fusilado. Ser nacionalmente es todo aquello que se apoya en esa clase obrera frente a su contradicción fundamental: el capital.⁷⁹

Ortega Peña tenía veintidós años cuando realizó este comentario sobre *Imperialismo y Cultura*. El propio Hernández Arregui lo reconoció como una de las mejores síntesis realizadas en una carta de agradecimiento y consideró a Ortega Peña como exponente de una nueva generación que definiría “una corriente crítica de izquierda que será fecunda”.⁸⁰ Hernández Arregui en esa respuesta a Ortega Peña realiza críticas a la propia izquierda existente y vuelve sobre las observaciones de “tradicionalista, telúrica”, palabras con que los críticos de la época atacaron su libro *Imperialismo y Cultura*. Resulta interesante atender la defensa del propio Hernández Arregui sobre aquellas definiciones: “en el libro se establece claramente en diversos pasajes el carácter relativo de la tradición y ‘ocasional’ –como decía Kant– del factor geográfico, que es también el pensamiento de Marx”. La crítica elogiosa de Ortega Peña y especialmente reconocida por Hernández Arregui deja no obstante un reproche:

Dice usted que el libro tiene errores. Es completamente cierto. ¿Pero usted se refiere a errores de información o teóricos? Es una lástima que no los haya señalado, pues una crítica valiosa como la suya debería hacerlo.⁸¹

La indefinición de Ortega Peña será aclarada al indicar que los “errores” omitidos en aquella oportunidad se debían a “el imputar a Heidegger un pensamiento pro nazi”.⁸² La aclaración le sirve a Ortega Peña para realizar a su vez su propia autocrítica reconociendo posteriormente el papel de Heidegger como uno de los “filósofos de la NATO”.⁸³ No obstante, el reclamo en la nota original de Hernández Arregui dejaba una puerta abierta, una extensión inconclusa del debate intelectual, un debate intelectual que se proyectaría de alguna forma hasta nuestros días. La tradición, lo nacional, lo extranjerizante, el eurocentrismo, eran temas relevantes en el debate de aquella época y hoy pueden ser abordados de otra forma. “Pero esa telurización de la historia –dirá Agosti en *Nación y Cultura*– que alcanza tanto a nacionalistas como liberales, implica aquí la pérdida de las sustancias reales del país”.⁸⁴ También confrontaba con “la presumible hipótesis de que los argentinos somos hombres en soledad por la persistencia de nuestra infinita llanura abrumadora”.⁸⁵ Con estas palabras, Agosti dialogaba con Scalabrini Ortiz pero también se colaba el debate entre contemporáneos, que intentaba saldar la tensión moderna con la tradición, frente a un ser nacional en construcción pero también en disputa política.

Hernández Arregui en *Imperialismo y Cultura* realiza un abordaje múltiple del mundo intelectual, artístico, histórico, heterogéneo y complejo. Su lectura remite a todos los nombres

⁷⁸ *Ídem*, p. 343.

⁷⁹ *Ídem*, p. 343.

⁸⁰ *Ídem*, p. 343.

⁸¹ *Ídem*, p. 45.

⁸² *Ídem*, p. 9.

⁸³ *Ídem*, p. 9.

⁸⁴ Agosti, H. P., *Nación y Cultura*, *op. cit.*, p. 221.

⁸⁵ *Ídem*, p. 221.

y referencias posibles, desde la explicación de Rosas y Urquiza, hasta Alberdi y la batalla de Caseros como expresión del avance de los terratenientes del interior, para continuar con Goethe, Baudelaire, y Valery hasta Joyce o Sartre. Se trata de un libro que aborda nuestra historia atendiendo el debate contemporáneo de su época, la función intelectual, los artistas, la creación poética y el mundo. Un libro también de condición proustiana que asume la búsqueda del todo, las partes del todo y las intimidades de las partes del todo. El todo por cierto también diferenciando “los momentos cancelados” como había advertido Ortega Peña en aquella crítica original. *Imperialismo y Cultura* pasó a ser sin duda uno de los textos canónicos del nacionalismo popular donde se intenta fundar justamente el sentido de lo nacional popular como operación política literaria junto a todo lo que ello significaba como historia. Se trata de un ensayo que se propone rediseñar fronteras, nuevos puntos de partida, donde la adscripción o no al sentido de lo nacional dividirá duramente la obra de la cultura y de sus hombres. La referencia a la Ciudad de Buenos Aires como “cabeza de la zona agraria y puerto de exportación, la ha convertido en un apéndice de Europa”,⁸⁶ el “colonialismo cultural se ha desdibujado bajo el ropaje artificioso de un progresismo material que nunca superó el carácter monocorde y conservador de una concepción agraria del mundo”.⁸⁷ Dice Hernández Arregui que “es la propiedad de la tierra la fuerza modeladora de esa cultura de clase” y “la estancia –un factor económico– se convierte en algo conforme a la naturaleza de las cosas. Y la pampa en angustia metafísica. La estancia es el punto inicial y terminal de la historia”.⁸⁸ En este caso, el mundo telúrico está incluido dentro de la propiedad rural privada que identifica el mundo de los estancieros.

Hernández Arregui define terminantemente: “el nacionalismo es hijo del fracaso del liberalismo colonial”⁸⁹ pero sabe distinguir entre el nacionalismo oligárquico como reacción hacia Inglaterra ante la crisis de 1929 y el nacionalismo popular que emerge en 1945 con el “más formidable movimiento de masas de América Latina”.⁹⁰ Antes de encontrarse con las referencias fundantes de una literatura nacional el autor de *Imperialismo y Cultura* recorre la crisis de espiritualidad de su tiempo con una erudición realmente asombrosa por su conocimiento sobre los nombres claves de la narrativa, la filosofía, la poesía universal: André Malraux, James Joyce, Marcel Proust, Frank Kafka, Rainer María Rilke, Paul Valery, Sigmund Freud, Friedrich Nietzsche, William Faulkner serán reinterpretados para rastrear identidades y relaciones entre el pensamiento, el arte, la vida y la sociedad. Pero las vinculaciones entre el imperialismo y la literatura nacional en Argentina establecerán un marco de referencias locales que explicarán la identidad literaria del país, desde una producción que no termina de definirse entre el cosmopoliticismo extranjerizante, las vanguardias internacionales y una argentinidad sin resolución. La generación de Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Hernández ha ido de la política a la literatura. No obstante estos nombres no representan para Arregui una generación estrictamente literaria. La generación que emerge en los primeros años del siglo XX es aquella generación donde el literato o el intelectual se hacen profesionales tanto de las elites dominantes como de los sectores populares. Las tensiones y diferencias estarán dadas fundamentalmente por el lugar orgánico del funcionamiento cultural y la adscripción política de los escritores. Si el sedimento nacional no se puede describir todavía como historia, sí puede ser telúrico, de impronta agreste. Es notable cómo reivindica por ejemplo al poeta Pedro B. Palacios: “Almafuerte no filosofa con el martillo como Nietzsche sino con el fango del Arroyo Maldonado”.⁹¹ Desde esa poesía se

⁸⁶ Hernández Arregui, J. J., *op. cit.*, p. 33.

⁸⁷ *Ídem*, p. 33.

⁸⁸ *Ídem*, p. 33.

⁸⁹ *Ídem*, p. 30.

⁹⁰ *Ídem*, p. 30.

⁹¹ *Ídem*, p. 76.

presienten para Arregui los levantamientos del proletariado urbano de 1919. El Modernismo como escuela determinará la envoltura de ese profesionalismo literario producto de un verdadero mestizaje estético proveniente del naturalismo, el simbolismo y el romanticismo que permitirán pintar el mundo americano. Pero “la mayoría de los poetas y escritores de esa generación terminarán en el silencio o pasarán vencidos por el ambiente de la burocracia”⁹² como Leopoldo Lugones que acabará con el suicidio. Para definir esos años y una crisis de identidad ideológica vale una muy oportuna descripción de un escritor que Arregui rescata especialmente como Manuel Gálvez, un testigo de la época, que dice:

Era cosa corriente cambiar de opiniones, simpatías y doctrinas. Pasaban del tolstoísmo, al nietzschismo, a la anarquía o al catolicismo con la mayor tranquilidad. Tan pronto defendían la fórmula del arte por el arte como la atacaban en nombre del arte por la vida.⁹³

Hernández Arregui intenta demostrar el grado de desarraigo interno, el flujo migratorio y la falta de ideas nacionales e intentará ir recortando desde una cartografía particular los nuevos mapas que configurarían los intelectuales, la política y la cultura especialmente desde 1930 en adelante. Pero siempre el lugar de funcionamiento orgánico sería para Arregui una de las líneas divisorias y desde la cual había que valorizar el carácter de la identidad y lo nacional, dentro una particular coyuntura histórica internacional que establecía una tensión entre el lugar que debían ocupar tanto España como Inglaterra en nuestra América Latina. “No es casual que Rubén Darío fuese designado por *La Nación* –dice Arregui– corresponsal extranjero como premio por sus crónicas antiespañolas”.⁹⁴ Para Arregui el antihispanismo de Darío habilitaba la iniciativa de Inglaterra y le daba impulso a los Estados Unidos por avanzar sobre estas tierras. Esta condición establecería la necesidad de reconocer un Modernismo de matriz nacional que tendría su representación en “poetas medianos” como Pedro B. Palacios, porque el otro Modernismo encabezado por Rubén Darío sería “un proceso de despersonalización nacional, simultáneo a la balcanización económica y espiritual de Hispanoamérica”,⁹⁵ un Modernismo que “poco tenía que ver con la invocación de Valle Inclán, quien asociaba la renovación de las formas estéticas a la inmersión cristalina en las tradiciones colectivas”.⁹⁶ Se reivindica a Almafuerte (Pedro B. Palacios) “porque su protesta poética es social”, lo que lo emparenta a su vez con Evaristo Carriego “que por su parcialidad suburbana es un poeta menor. Pero ya es argentino”.⁹⁷ Es notable la necesidad de Arregui de identificar lo nacional con lo popular y de confrontar con las elites: “para los círculos cultos, todo lo no corrompido por lo europeo es un agravio a su vasallaje intelectual”,⁹⁸ aunque también los intelectuales del centro admiran a Evaristo Carriego porque el suburbio tiene la atracción marginal de lo plebeyo, una marginalidad que además pueden controlar. La necesidad de identificar el delito con la miseria y el inquilinato no sólo es un acto que puede ser poético sino que justifica al vigilante parado en la esquina como símbolo de las instituciones que controlan el poder y ordena las periferias. Hernández Arregui trata de radicar en lo temático-contenidista un valor inclusive por encima de la calidad de la forma cuando se trata de asociar el arte con el sentimiento popular y lo nacional. Hispanismo, tradición, eurocentrismo y modernización, son temas complejos a la hora de definir los debates intelectuales de esa época. Las vanguardias estéticas internacionales y la modernización literaria que permitieron el ultraísmo, el realismo o el surrealismo, influirían

⁹² *Ídem*, p. 77.

⁹³ *Ídem*, p. 77.

⁹⁴ *Ídem*, p. 81.

⁹⁵ *Ídem*, p. 80.

⁹⁶ *Ídem*, p. 81.

⁹⁷ *Ídem*, p. 82.

⁹⁸ *Ídem*, p. 82.

en los escritores de Boedo y Florida. Hernández Arregui reivindica especialmente al grupo de Boedo, y particularmente a Elías Castelnuovo, porque producen “una literatura proletaria cuyos cultores estaban habilitados para tal tarea porque salían de pueblo”.⁹⁹ Castelnuovo define esa condición:

(...) pintábamos el drama sin apelar a ninguna fórmula, tomándolo de la realidad y de él surgía después lógicamente el socialismo. Es decir no tomábamos a los “sumergidos” como conejos de experimento o de teoría de la revolución, sino como la materia viva e hirviente capaz de generar el fenómeno.¹⁰⁰

No obstante, para Hernández Arregui, en última instancia, los intelectuales de Boedo y Florida, en diversas condiciones,

(...) pasaron a integrar como “intelligentsia” la cultura oficial, lo suficiente flexible para cocinar en una sola salsa al arte puro y al arte militante, valiéndose de unos, para simular la existencia de una cultura nacional de estirpe europea, y de los otros, para conservar la apariencia de una libertad de espíritu afirmada en el fraude patriótico.¹⁰¹

Escritores todos que al pertenecer “en su mayoría a la baja clase media amenazada de proletarización real, viraron hacia la moderación ideológica, hacia el conformismo pequeño burgués”.¹⁰² Se lo rescata especialmente a Leopoldo Lugones: “vislumbró una dimensión argentina auténtica, y además, artísticamente única dentro de la literatura universal”,¹⁰³ sin considerar en este caso como determinante el lugar orgánico que ocupó en la política. Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Ezequiel Martínez Estrada serán críticamente observados. El autor de la *Historia de la Eternidad* será inclusive descalificado por Arregui en un notable texto breve donde indica que “de diez interpretaciones filosóficas de Borges nueve son falsas y una dudosa”¹⁰⁴ y despliega dos ejemplos con relación a lo dicho por Borges en relación a San Agustín y Nietzsche. No es menor la opinión crítica hacia Ezequiel Martínez Estrada. Tampoco será Roberto Arlt un modelo, ya que

[su] literatura no es ni progresista como lo ha pretendido Raúl Larra, ni reaccionaria como lo ha sostenido Roberto Salama. Es el corte transversal de un sector social de Buenos Aires fotografiado en medio del desordenamiento económico y político del país que anuncia cambios revolucionarios de la sociedad en su conjunto.¹⁰⁵

Arlt representa para Hernández Arregui “la fraseología revolucionaria” unida “a los compromisos más abyectos”. Para Arregui la estética nacional de ese periodo argentino es el realismo: “salirse del realismo en la Argentina es pura imitación”.¹⁰⁶ Pero ante la necesidad fundante de lo nacional reconoce a Manuel Gálvez como “el único novelista argentino de significación nacional”¹⁰⁷ y será Raúl Scalabrini Ortiz la gran anticipación que se abre desde el libro *El hombre que está solo y espera* y esa

⁹⁹ *Ídem*, p. 88.

¹⁰⁰ *Ídem*, p. 88.

¹⁰¹ *Ídem*, p. 89.

¹⁰² *Ídem*, p. 90.

¹⁰³ *Ídem*, p. 165.

¹⁰⁴ *Ídem*, p. 173.

¹⁰⁵ *Ídem*, p. 108.

¹⁰⁶ *Ídem*, p. 111.

¹⁰⁷ *Ídem*, p. 111.

(...) revelación se concretará en la *Historia de los ferrocarriles argentinos, Política británica en el Río de la Plata* y otros libros, que, asociados a la infatigable prédica nacional de argentinos con confianza en el país, han convertido en conciencia histórica lo que en aquellos días era metafísica urbana de la soledad.¹⁰⁸

El conflicto por fundar lo nacional hace contradictorio el mundo estético de las obras con el mundo de las políticas a los que esos autores adherían o viceversa: el adscribir políticamente a lo “nacional y popular” a su vez habilitaba el producto estético, lo fundante habría nacido del subsuelo de la patria; pero la gran paradoja subyace dentro de aquellas elites que habían habilitado la “desnacionalización del país por el imperialismo”,¹⁰⁹ como Jorge Luis Borges, que también se asombraban de lo que veían que brotaba del subsuelo representado por las nuevas masas aluvionales.

La búsqueda de Hernández Arregui, también vertiginosa y comprometida con los trabajadores y humillados, necesita del presente para su decantación, aquella puerta abierta dejada por la crítica original inconclusa de Ortega Peña vuelve hoy a tener visibilidad. Ese “Todo hegeliano” planteado por Ortega Peña y esa necesidad de contener a “todos los momentos cancelados”, inclusive “aquellos que despreciamos” sigue siendo por ahora una tarea inconclusa. Porque se debe reconocer también como nacional por su calidad la producción literaria de los intelectuales comunistas como Alfredo Varela, Raúl Larra o Raúl González Tuñón en su continuidad histórica hasta nuestros días. La búsqueda de lo nacional en Hernández Arregui le impide ver un proceso de constitución particular de un mundo cosmopolita que establecieron las corrientes de izquierda a comienzos del siglo XX. El tango inclusive no es posible sin ese mestizaje internacional. La tradición de una cultura de izquierda en nuestro país está asociada a la labor de los artistas comunistas, socialistas y anarquistas argentinos. Necesaria síntesis entonces de momentos cancelados nacionales pero también internacionales, porque la crítica de Hernández Arregui al eurocentrismo no podía ser únicamente presentada como quienes venían a envilecer nuestra lengua por el impacto de los “residuos lingüísticos del mercado”, “en las creaciones colectivas de esa época”,¹¹⁰ y la “resaca inmigrante”,¹¹¹ porque también se trataba de los extranjeros exiliados en la Argentina por la expulsión del capitalismo internacional, como lo fueron también las migraciones bolivianas o paraguayas. En las diásporas de las lenguas las contaminaciones son también un conflicto nacional en la medida que los mestizajes que se establecen por las condiciones migratorias, tanto externas como internas, son construcciones de la cultura en permanente metamorfosis. Otra cosa son hoy las poluciones posmodernas de los deshechos industriales y los subproductos culturales que impone el neocolonialismo.

Tanto la izquierda como el nacionalismo popular comulgarán con el realismo estético en el proceso de conformación de una conciencia nacional, en uno más socialista en otro más nacionalista, pero de una u otra forma reivindicaron unilateralmente la estética contenidista del realismo. Se defendió muchas veces una tendencia artística que *a priori* garantizaba el sentido de lo nacional o popular, se le otorgó a la estética del producto final, todas las expectativas políticas, la militancia y compromiso con el país.

Hoy, acordando con la autonomía relativa de las estéticas y la función crítica intelectual ejercida más allá de las poéticas que se cultivan, se han abierto otros caminos en los últimos años para una nueva crítica de la cultura, donde el acontecimiento crítico no termina en la definición de la calidad estética del producto final, sino que además se extiende hacia el modo de producción de los objetos artísticos y hacia la distribución de bienes culturales en la

¹⁰⁸ *Ídem*, p. 118.

¹⁰⁹ *Ídem*, p. 170.

¹¹⁰ *Ídem*, p. 74.

¹¹¹ *Ídem*, p. 119.

sociedad. La función intelectual implica considerar ese proceso justamente desde la crítica y desde la política. Esta nueva apertura que contiene el sentido de lo nacional y popular en las últimas décadas nos permite además hoy seguir redescubriendo tanto a Leopoldo Marechal como a Raúl González Tuñón y al propio Jorge Luis Borges, como escritores auténticamente argentinos que han aportado a una identidad dentro de las siempre contradictorias relaciones entre el arte y la política, entre las metáforas y el mercado.

Simón Bolívar y Carlos Marx

El libro *Marx y América Latina* de José Aricó coloca un nuevo eje en la discusión intelectual: el desencuentro de Marx con nuestro continente. Para ello Aricó toma un ejemplo disparador: el escrito contra Simón Bolívar del propio Marx. Carlos Franco, en la presentación de este libro aporta una definición a propósito del tema: “si el encuentro no se produce, entonces esa teoría no es la teoría de esa realidad y esa realidad no es la realidad de esa teoría”.¹¹² La definición debe entenderse en la diferencia que puede aceptarse entre los resultados de ciertas aplicaciones “oficiales” del marxismo y la potencia del marxismo como “horizonte cultural”. José Aricó abordará el problema desde la filosofía de la historia y desde el pensamiento hegeliano para justificar a Marx. Desde las primeras páginas subyace una interrogación de fondo: ¿cómo se construye una nueva historia latinoamericana ante la ausencia de una vieja historia que permitiera ser negada por ésta en un continente tan flamante como el nuestro? Por otra parte, José Aricó se pregunta: ¿por qué reclamar a Marx lo que la época no podía dar?,¹¹³ porque se trata de comprender que tanto Marx como Engels pensaron desde adentro de las sociedades en que vivían y no tanto desde las prolongaciones que el capitalismo europeo establecía sobre nuestro mundo. En este sentido es comprensible el pensamiento “europeísta” de Marx. Pero tampoco por ello se trataba de “una América colocada fuera de la historia y destinada a convertirse ineludiblemente en una presencia especular y disminuida de Europa”.¹¹⁴ Pero José Aricó intentará demostrar que una cosa era la desconexión producida por diversos factores propios de la realidad de Latinoamérica específicamente y otra la producción teórica de Marx, que no sólo tuvo en cuenta a los países centrales europeos, sino también se preocupó por el modo de producción asiático y por países como España, Rusia, e Irlanda. Resulta interesante a la vez reconocer cómo “una visión teleológica de la evolución de las sociedades a partir de la cual cada una emergía de la anterior siguiendo un esquema unilineal”¹¹⁵ establecía un determinismo: el triunfo definitivo del socialismo en todo el mundo. Esta condición mecanicista le permite definir a Aricó un razonamiento particular:

(...) una obra que era concebida por Marx como el mayor golpe teórico contra la burguesía y del cual jamás podría recuperarse se convirtió en los países atrasados en el libro de los burgueses, es decir en el fundamento más sólido para la aceptación de la necesidad y progresividad del capitalismo tal como se configuró concretamente en Europa occidental.¹¹⁶

Uno de los centros del problema para Aricó pasaba por la dificultad de Marx “para abandonar la herencia filosófica hegeliana”¹¹⁷ y el “binomio hegeliano de ‘naciones históricas’ y ‘naciones sin historia’”.¹¹⁸ El hecho de que Marx no haya aplicado en otras latitudes similares a Nuestra América los mismos conceptos hace pensar en implicancias políticas distintas

¹¹² Aricó, José. *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Catálogos, 1988, p. 7.

¹¹³ *Ídem*, p. 42.

¹¹⁴ *Ídem*, p. 55.

¹¹⁵ *Ídem*, p. 75.

¹¹⁶ *Ídem*, p. 75.

¹¹⁷ *Ídem*, p. 78.

¹¹⁸ *Ídem*, p. 78.

más que en definiciones ideológicas sobre este sentido de las naciones y la historia: “en una primera etapa de su pensamiento Marx tendió a ver las realidades no europeas con lentes hegelianas”.¹¹⁹ Para el movimiento socialista la aplicación de políticas en las naciones “con historia” y las naciones “sin historia” pasó a ser un problema frente a la propia “universalidad del proletariado” y el grado de desarrollo de la propia clase obrera en cada país del mundo, por eso se abría en el “interior del movimiento socialista una brecha siempre más profunda entre un internacionalismo formal y un nacionalismo real”¹²⁰ y de allí que la “universalidad” del proletariado se tradujera siempre en la admisión consciente o inconsciente de determinados centros “nacionales”: o Inglaterra, o Francia, Alemania o finalmente Rusia. Pero Aricó reconoce que la base con que se había formado el movimiento socialista europeo había sido “ya cuestionada por Marx cuando a partir del examen de la cuestión irlandesa estableció de hecho la discontinuidad y la desigualdad histórica como una característica propia del desarrollo capitalista”.¹²¹ Aricó reconoce en Marx “el rechazo a todo tipo de generalización que condujera a incluir sin los suficientes recaudos teóricos y políticos la dinámica nacional en la teoría de la revolución”,¹²² lo que permite entender la necesidad de autonomías nacionales para que cada pueblo pueda alcanzar su “nación histórica”. Para que esa condición se cumpla debe garantizarse que la lucha “sea vital” y “que demuestre la voluntad de lucha por su propio destino”.¹²³ Existía entonces en Marx la idea de lo particular nacional como condición anticolonial. Pero Aricó observa un detalle no menor con relación a la presencia previa de la “vitalidad nacional”:

Marx incurrió en el mismo tipo de equívocos idealistas en que Engels incurría con frecuencia al negar virtualidad nacional a los “residuos de los pueblos” aplastados por las grandes naciones europeas.¹²⁴

Aricó indica que

(...) resulta sorprendente comprobar que todas “aquellas ruinas de pueblos” que Engels condenaba en 1849 a su inexorable extinción son precisamente las que hoy protagonizan en Europa las luchas más enérgicas y de masas por su independencia nacional: nos referimos a los escoceses, galeses, bretones, vascos, etcétera.¹²⁵

Lo que Aricó trata de demostrar en las primeras páginas de su ensayo están orientadas a que la desconexión de Marx con América Latina no se debe necesariamente, como algunos lo consideraron, a los fuertes componentes “eurecéntricos” en su pensamiento. Para Aricó “la supuesta ceguera teórica y política de Marx”¹²⁶ se debe a una paradoja histórica, ya que “ignoró nuestra realidad por lo que no ‘veía’ en el proceso histórico concreto de construcción de las naciones latinoamericanas”¹²⁷ pero a la vez sí reconocía la capacidad “nacional” de países como Irlanda, China, India, España, Rusia y lo que veía en esos países no lo podía considerar en países como México, Argentina o Brasil y no “porque la negara explícitamente en la teoría sino por la incapacidad de reconocerla en las luchas concretas de esos pueblos”.¹²⁸

¹¹⁹ *Ídem*, p. 80.

¹²⁰ *Ídem*, p. 89.

¹²¹ *Ídem*, p. 92.

¹²² *Ídem*, p. 93.

¹²³ *Ídem*, p. 94.

¹²⁴ *Ídem*, p. 94.

¹²⁵ *Ídem*, p. 95.

¹²⁶ *Ídem*, p. 97.

¹²⁷ *Ídem*, p. 98.

¹²⁸ *Ídem*, p. 98.

Este razonamiento es central en Aricó por el hecho de que para alcanzar la condición de ser una nación debe existir una estructura económico-social que la posibilite y una fuerza capaz de dirigir, algo que para Marx era determinante. Aricó entonces se pregunta: “¿Pero dónde encontrar en América Latina el fundamento real de la lucha para la realización nacional?”¹²⁹ Esta interrogación ante el inmenso “territorio vacío” de un continente fue un problema para nuestros propios hombres americanos en las luchas por la independencia, en las luchas anticolonialistas. José Aricó recuerda para explicar a Marx el sentido de las palabras de Hegel, quien en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* afirmaba que cuanto acontecía en el Nuevo Mundo no era sino el eco del Viejo Mundo. Dice Aricó:

América debía aún separarse del suelo sobre el cual se había desarrollado hasta ese momento la historia universal, pero eso era únicamente una probabilidad cuyas condiciones de realización todavía no podían ser previstas.¹³⁰

Al pensar a América como el porvenir Hegel dejaba a este continente fuera de su consideración, ya que la filosofía de la historia atiende lo que ha sido la propia historia y el presente de esa historia, Marx con mucha más razón aún podía excluirla de su campo de interés al no visualizar claramente en ellas las condiciones de su transformación. José Aricó trata de exaltar el mundo paradójico de que “América sólo existía en Europa” y la idea de que “América Latina fuera considerada en su exterioridad, en su condición de reflejo de Europa, porque en su interioridad era ‘inaprensible’ y en cuanto que tal inexistente”. Pero Aricó aclara particularmente:

Las transformaciones sociales –y el proceso de formación de las naciones latinoamericanas por supuesto que lo era, y de gran magnitud– presupone siempre la presencia de un elemento pasivo, de una “base material” que fija los límites de posibilidad de tales transformaciones.¹³¹

La teoría acabada, la teoría que explica nuestros procesos puede darse en plenitud en la medida que se realiza el proceso social del “que indudablemente forma parte como su ‘forma’ expresiva”.¹³² Pero América Latina dentro de las realidades tan contradictorias,

(...) ¿podría ser capaz de permitir que en su magnánimo interior se pudiera abrir paso el fatigoso trabajo del concepto, la constante confrontación entre teoría y facticidad o hasta la formulación de una teoría “propia”, “autónoma” que pudiera explicarlos?¹³³

La teoría se constituye como tal cuando la propia realidad a la vez en su transformación reclama esa propia teoría. La condición particular que se daba en América Latina con relación a la construcción de los estados nacionales desde realidades inéditas fundadas o por fundar de otra forma que en Europa, hacen desde la lectura de Aricó que uno infiera que Marx no se sintiera tan interesado en profundizar su conocimiento sobre lo que ocurría en estas latitudes, nuestros procesos eran totalmente originales, pero en esa originalidad radicaba la distancia y la desconexión. Aquella condición constitutiva de una suma de estados débiles manejados por oligarquías carentes de sentido nacional, o por caudillos por lo general militares, donde las formaciones nacionales como las construcciones estatales eran impuestas sobre vacíos institucionales y sin la claridad de una voluntad popular explícita, generaban una suma de particularidades difícil de comprender. Aricó explica además la dificultad de una voluntad de

¹²⁹ *Ídem*, p. 99.

¹³⁰ *Ídem*, p. 99.

¹³¹ *Ídem*, p. 100.

¹³² *Ídem*, p. 101.

¹³³ *Ídem*, p. 101.

la elite criolla para consolidar un proceso donde se intentaba además identificar forzosamente a la nación con el estado y las dificultades para conformar un sujeto popular. Las “elites que hegemonizaron el tránsito a las formaciones estatales independientes –recuerda Aricó– provenían étnica y lingüísticamente del propio poder colonizador” tampoco existía “el recuerdo de una unidad nacional previa a la conquista que pudiera servir de cemento mítico constitutivo de la ‘idea nacional’”.¹³⁴ Si bien hubieron importantes sublevaciones y resistencias indígenas contra el colonizador, se presentaban como historias paralelas a los procesos de independencia y con situaciones contradictorias en relación con la formación de los nuevos estados. Estas condiciones subsisten hasta nuestros días, donde los pueblos originarios siguen reclamando por la tierra, reivindicando su cultura y sus lenguas, además de protagonizar experiencias de cambio fundamentales en nuestras sociedades como ocurre actualmente en Bolivia y Ecuador.

José Aricó hace del artículo de Marx sobre Simón Bolívar el núcleo de su trabajo. Un artículo desconocido hasta el año 1934 donde Marx compara a Bolívar con el rey negro Soulouque de Haití, quien para Engels fue “el verdadero prototipo de Luis Napoleón III”.¹³⁵ Se instala de esta forma una nueva paradoja: si bien Marx se había desconectado supuestamente de América Latina por diversos distanciamientos que le generaba la realidad de este continente, volvería ahora para descalificar al propio Simón Bolívar como “un remedo del bonapartismo, o mejor dicho un tipo de dictador bonapartista”.¹³⁶ Pero el artículo de Marx sobre Bolívar y las justificaciones sobre su escritura con detractores y simpatizantes dejaba nuevos elementos para comprender la particular originalidad y complejidad de un proceso fundante latinoamericano. José Aricó, que militaba en la socialdemocracia, expone ese laberinto bolivariano hacia las miradas de Europa, del propio Marx y ante los propios marxistas. Vale aclarar nuevamente que la desconexión también estaba asociada a lo que fue una historia de las prácticas políticas que tuvo para el marxismo distintas suertes según el país latinoamericano que se trate, por eso el “Bolívar de Marx” cuya difusión se conoce tardíamente, ofrece un espacio para reconsiderar diferencias, líneas históricas y justificaciones hacia el propio pensamiento de Marx y sus diversas aplicaciones en nuestro continente. Lo interesante también radica en la necesidad de comparar a Bolívar con el bonapartismo, que en principio era un fenómeno típicamente europeo. José Aricó reconoce el rechazo de Europa y en particular del capitalismo inglés al proyecto bolivariano de unidad latinoamericana. Pero Aricó también relativiza esa creencia, tanto en lo que hace a Inglaterra con relación a si realmente le interesaba un modelo político disgregado en América Latina, como en relación a que este factor “de la conciencia europea de la época” haya generado “una animadversión por la figura de Bolívar, de la que Marx fue prejuiciosamente partícipe”.¹³⁷ Pero si aquella justificación pudiese ser desconsiderada, no deja de ser interesante reconocer cómo José Aricó recurre a las investigaciones de Marx, a los materiales difundidos en las publicaciones de la época, para aclarar que esos propios materiales consultados por Marx en la *Enciclopedia Británica*, según el ensayista estadounidense Hal Draper “no critican a Bolívar, sino que por el contrario son abiertamente favorables a él”.¹³⁸ Aricó avala un criterio: “su actitud entonces hacia lo latinoamericano era previa, no posterior, a la lectura de las obras en que se fundó para redactar la biografía de Bolívar”.¹³⁹ De esta forma, Aricó considera como hipótesis que fue una decisión política “interpretar a Bolívar como autoritario y bonapartista”, ya que

¹³⁴ *Ídem*, p. 104.

¹³⁵ *Ídem*, p. 116.

¹³⁶ *Ídem*, p. 117.

¹³⁷ *Ídem*, p. 122.

¹³⁸ *Ídem*, p. 123.

¹³⁹ *Ídem*, p. 123.

discrepaba con las metas y “actos antidemocráticos de Bolívar”.¹⁴⁰ Desde ese criterio posible “fueron consideraciones políticas las que arrastraron a Marx a la adopción de una actitud tan prejuiciosa sobre Bolívar” y del propio proceso latinoamericano. Esta hipótesis le permite a José Aricó reconsiderar elementos que subyacen en la formación de Marx como la noción de “pueblos sin historia” y la negación del “papel del estado como instancia productora de la sociedad civil”.¹⁴¹ La imposibilidad de una “racionalidad del devenir” ante hechos tan originales que se suscitan en América Latina de tal “desorden”, donde se hace evidente la inexistencia de una lucha de clases de esos “pueblos sin historia” explicarían el artículo de Marx sobre Bolívar. Esta condición en Marx de no reconocer al estado como “productor de la sociedad civil” y la necesidad de Simón Bolívar de conformar una monarquía fuertemente centralizada emparentaba a este último con las ideas de Hegel sobre la importancia que tenía el estado para los pueblos. Marx veía en Bolívar al “heredero arbitrario y despótico”¹⁴² de aquella tradición estatal. Si esto fuera así la paradoja indicaba por un lado la necesidad de perfeccionar por parte de Simón Bolívar aquella maquinaria que el propio Marx convocaba a destruir desde sus escritos en *El Dieciocho Brumario*. José Aricó se sorprende de que si bien Marx, en otras miradas, había atendido las particularidades emergentes en otras latitudes no haya podido comprenderlas para el caso latinoamericano, dándole prioridad a la descalificación de Bolívar como un líder bonapartista cuando en realidad las luchas en las guerras de independencia generaban la necesidad de unificar a la sociedad civil frente al viejo orden colonial. Esa necesidad del proyecto bolivariano apostaba a garantizar nuestra independencia como prioridad ante el propio colonialismo y evitar la rebelión incontrolada dentro del propio continente. Se trataba de fundar un poder centralizado que permitiera justamente desarmar el poder de la corona española, crear un nuevo estado capaz de defenderse ante España pero también ante el conjunto de Europa y garantizar la gobernabilidad interna. José Aricó reconoce: “La virtuosidad republicana de los dirigentes reclamada por Bolívar se asemeja sorprendentemente a la idea que se hacía Lenin”¹⁴³ sobre una conducción política de centralidad democrática con todas las dificultades que implicaba orientar ese proceso “desde arriba”, desde la propia centralidad que se suponía debía ser participativa para justificarse a sí misma dentro de un proceso de ilegalidad política, con la diferencia de que Simón Bolívar no contó con “una poderosa clase” que hiciera suyos los planteos bolivarianos y la contradictoria relación con las masas populares existentes. Las dificultades del proyecto bolivariano no se debían como observó Marx a las “desventuras de un falso héroe”, sino a las “debilidades de un grupo social” dentro de un gran continente extendido y deshabitado que pretendía a la vez una “gran nación moderna a partir de la presencia de un estado fuerte”.¹⁴⁴

José Aricó establece que la condición de los estados-nación de América Latina no terminaba de ser “ni periférica ni central” y que distaban de compararse con la clásica dicotomía entre Europa y Asia, que la condición “eurocentrista” de Marx resulta precaria si es vista únicamente por la forma paradójica en que se soslayó “la realidad latinoamericana” y que por ello no se puede desconocer “el filón democrático, nacional y popular”¹⁴⁵ del pensamiento de Marx. Además, las formas en que se fueron conformando los estados latinoamericanos, las revoluciones “desde arriba”, la influencia real del eurocentrismo, fueron estableciendo condiciones que también vendrían a modelar las culturas políticas de las izquierdas en nuestros países durante el siglo XX ante el propio autoritarismo “necesario” y el “liberalismo

¹⁴⁰ *Ídem*, p. 124.

¹⁴¹ *Ídem*, p. 124.

¹⁴² *Ídem*, p. 131.

¹⁴³ *Ídem*, p. 137.

¹⁴⁴ *Ídem*, p. 138.

¹⁴⁵ *Ídem*, p. 141.

aristocratizante”. La necesidad de una nueva cultura política para la izquierda que pudiera modelar “desde abajo” un proyecto democrático aparece para Aricó como un nuevo desafío para poder salir del maniqueísmo “entre ‘objetivismo’ y ‘subjetivismo’ en que se debate aún hoy la historiografía y la teoría política marxista, incapaces de dar cuenta de lo nuevo a fuerza de seguir atadas a lo viejo”.¹⁴⁶ Las “sendas perdidas” del pensamiento de Marx pueden servirnos también para volver a encontrarnos con todo “lo no dicho” “en lo explícitamente afirmado por Marx” para ir hacia una heterodoxia recreadora de la teoría socialista que supere las dicotomías entre hegelianizantes y libertarias para apostar aun más a la segunda, ante las crisis de las “concepciones autoritarias y burocráticas”¹⁴⁷ reclamaba José Aricó en México, en marzo de 1980.

Pero estos cruces entre ensayos y temáticas no serían completos si no consideráramos la opinión de Álvaro García Linera vertida en su libro *La potencia plebeya* sobre el trabajo de José Aricó a propósito del Bolívar de Marx. Para García Linera el autor de *Marx y América Latina* trabaja sobre un terreno predefinido: “que Marx ignoró nuestra realidad” desde la “recuperación de una forma hegelizante”, lo que nos conduce a considerar que la “equivocación” de Marx es la que debe ser explicada. García Linera es tajante en su crítica a Aricó porque coloca al autor en constructor de otro equívoco y de otra desconexión, o sea:

El terreno en que Aricó nos coloca no es ni el de la realidad ni el de las herramientas de Marx para comprender esta realidad, sino más bien el de la realidad que Aricó cree que es y de las herramientas que Aricó cree son las de Marx.¹⁴⁸

No obstante aclara García Linera que “muchos de los aspectos” que Aricó considera son correctos, “pero muchos otros se sustentan en la posición particular que Aricó impregna a su trabajo”.¹⁴⁹ Sin embargo, el centro del debate que consideramos valioso atender para darle a este presente otro sentido en la continuidad de la crítica es la interesante interpretación que hace García Linera de una de las líneas argumentales:

Así resulta, según Aricó, que la posición marxista de rechazo a la concepción hegeliana de asignar al Estado la capacidad productiva de sociedad y nación, llevó a Marx a hacer resurgir viejas posiciones hegelianas como la de los pueblos sin historia. Extraño marxismo éste que con su crítica radical de la concepción del estado hegeliano, acabe abrazando al final la concepción de la historia hegeliana.¹⁵⁰

García Linera recuerda la propia frase de Aricó que afirma: “Hegel tenía razón y no Marx en cuanto al estado como productor de la sociedad civil y la nación” para preguntarse si “¿realmente Hegel tuvo razón?”¹⁵¹ y contrasta con diversos ejemplos indicando que el “estado en más de cien años no ha sido capaz de producir la sociedad como un todo orgánico, mucho menos de revolucionarla” para hablar de la mayoría de los países de América Latina, en los que inclusive las reformas y transformaciones están ligadas a grandes insurgencias de las masas y a la autoorganización de la sociedad frente al estado. “El Hegel de Aricó –señala García Linera– no tuvo pues razón, por cuanto el estado no pudo construir ni la nación, ni la sociedad, ni mucho menos la reforma de esta última”.¹⁵² La crítica de García Linera debe

¹⁴⁶ *Ídem*, p. 141.

¹⁴⁷ *Ídem*, p. 143.

¹⁴⁸ García Linera, Álvaro. *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Buenos Aires, Ediciones CLACSO-Prometeo, 2008, p. 43.

¹⁴⁹ *Ídem*, p. 43.

¹⁵⁰ *Ídem*, p. 48.

¹⁵¹ *Ídem*, p. 49.

¹⁵² *Ídem*, p. 50.

extenderse también a Oscar Terán, por el asesoramiento ofrecido por éste al propio José Aricó sobre la necesidad justamente de considerar al estado como productor de la sociedad civil. Un debate que se extiende además a nuestro presente con relación al modo en que se transforma el estado, si desde el estado o desde afuera del estado o con otras variantes.

Marx tuvo razón para García Linera: “el Estado-nación en tanto no se efectúe su construcción como acto social, como despliegue de energías de la sociedad civil en su conjunto, era y es una construcción autoritaria, irracional, formal”.¹⁵³ En todo caso el “punto ciego de Marx” hay que verlo en que “no estudió a las masas indígenas, sus características y movimiento: y aquí radica ciertamente la debilidad de las apreciaciones de Marx”.¹⁵⁴ Álvaro García Linera, con un sentido revolucionario de la política, se proyecta con una mirada radicada en la experiencia concreta, sobre etnias, culturas y sociedades concretas.

El proyecto pensado por Simón Bolívar no se pudo realizar. Pero el Libertador dijo alguna vez: “regreso cada cien años cuando resurge el pueblo”, la frase potencia su sentido frente al Bicentenario, una oportunidad para que los pueblos sanmartinianos y bolivarianos vuelvan sobre sus propios pasos para explicarse la historia y asumir el debate contemporáneo. Un debate que sigue nutriéndose, más que nunca, con lo mejor de las tradiciones revolucionarias.

El tiempo histórico que nos toca vivir hoy y los debates entre tradición o vanguardia o tradición y modernización, eurocentrismo o ser nacional, parecen haberse reubicado dentro de nuevas tensiones. Algunas de las polémicas recogidas en este breve artículo sirven para reconocer la forma en que hoy se manifiestan los temas abordados o los modos en que se han diluido ante otras preocupaciones intelectuales. No existen hoy rupturas terminantes ni continuidades únicas. El giro cultural de la época representa un paréntesis ante la historia que no implica necesariamente detenerse frente a la historia. Se trata de un intervalo que permite abordar los paradores y las vueltas del camino. Las distancias críticas se modifican continuamente. Los objetos que integran el paisaje mudan su estado y su lugar y los sujetos que actúan o miran a la vez también se sorprenden de las nuevas preguntas y de las respuestas inconclusas. Los miradores y los campos de la praxis pueden ser aprovechados hoy para generar nuevas síntesis entre lo nacional, lo internacional, lo latinoamericano, la identidad, la modernidad, para la conformación del sujeto de la transformación política. Nuevas posibilidades de una nueva heterodoxia que se complete con lo mejor de la tradición nacional, popular y de izquierda, y con las también nuevas heterodoxias de una ecología necesaria que nos indique el lugar del hombre en su hábitat y los nuevos contratos con la naturaleza.

Bibliografía

Agosti, Héctor P. *Nación y Cultura*, Buenos Aires, Capitulo: Biblioteca Argentina fundamental, Centro Editor de América Latina, 1982.

----- . *Echeverría*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1951.

----- . *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, marzo de 1955.

Aricó, José. *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Catálogos, 1988.

García Linera, Álvaro. *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Buenos Aires, Ediciones CLACSO-Prometeo, 2008.

¹⁵³ *Ídem*, p. 50.

¹⁵⁴ *Ídem*, p. 51.

- González, Horacio. *Perón: reflejos de una vida*, Buenos Aires, Colihue, 2007.
- Hernández Arregui, Juan José. *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1964.
- . *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Catálogos, 2002.
- Jozami, Eduardo. *Dilemas del peronismo*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2009.
- Lafforgue, Jorge. *Explicar la Argentina. Ensayos Fundamentales*, Buenos Aires, Taurus - Alfaguara, 2009.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Revista de Cultura *El Descubrimiento* en www.el-descubrimiento.com.ar.
- Scalabrini Ortiz, Raúl. *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires, Editorial Fundación Ross, 2008.
- Terán, Oscar. *Discutir Mariátegui*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.
- . *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- . *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2004.
- . *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006.
-



Juano Villafañe nació en Quito, Ecuador, en 1952. Reside en Buenos Aires, Argentina, desde 1955. A los quince años escribió sus primeros poemas y comenzó su actividad artística y musical en el teatro instalado en su propia casa familiar. Entre los años 1970 y 1973 creó el Centro de Estudiantes del ENET Nro. 9 Ingeniero “Luis A. Huergo” del cual fue su secretario general y fue uno de los fundadores de la Coordinadora Nacional de Escuelas Industriales que se propuso jerarquizar la escuela técnica y la defensa de la industria nacional. Formó parte del taller literario “Mario Jorge De Lellis” en la década del setenta. Entre los años 1976 y 1982 viajó por Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela realizando actividades literarias en universidades y centros culturales. Fue cofundador de las revistas de literatura *Tientos y Diferencias* (Quito, 1979) y *Mascaró* (Buenos Aires, 1983). Dirigió desde 1987 hasta 2002 “Liberarte Bodega Cultural”. Fue asesor literario de Ediciones Desde la Gente - editorial del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos-. En 1989 participó del Encuentro Latinoamericano de Jóvenes Intelectuales organizado por la Casa de las Américas (La Habana, Cuba). En el año 1992 integró las delegaciones latinoamericanas en las Jornadas por los Quinientos Años de la Conquista de América organizadas por la Universidad de ARCIS de Santiago de Chile. Desde el

año 2001 hasta la fecha tiene a su cargo la Dirección Artística de Centro Cultural de la Cooperación “Floreál Gorini” donde ha creado dentro de el Departamento Artístico el Área de Teatro, el Área de Música, de Artes Escénicas, de Artes Audiovisuales, el Área de Variete, el Área de Danza, el Área de Títeres y Espectáculos para Niños y el Área de Políticas Culturales. En poesía ha publicado *Poemas Anteriores* (Ediciones de la Universidad Central del Ecuador, Quito, 1982), *Visión Retrospectiva de la Botella* (Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 1987), *Una Leona Entra en el Mar* (Ediciones Del Dock, Buenos Aires, 2000), *Un Leona Entra en el Mar* (Editorial Arte y Literatura, La Habana, Cuba, 2005). Esta última edición fue presentada en la Feria Internacional del Libro de la Habana (febrero, 2005). Compiló una selección del cuento latinoamericano *La Narrativa Erótica Latinoamericana* (Ediciones Desde La Gente, Buenos Aires, 1992) y dos selecciones sobre la nueva poesía argentina *Poetas. Autores de Fin de Siglo I y II* (Ediciones Desde La Gente, Buenos Aires, 1994, 1997). Compiló una selección de la obra de Leonor García Hernando, Luis Alonso, Nora Perusín, Sergio Kisielesky que se tituló *Los Poetas de Mascaró* (Ediciones Desde la Gente del IMFC, 2012) y el libro *Los Villafañe-Poesía Familiar* con poemas de Javier Villafañe, Elba Fábregas y el propio Juano Villafañe (Ediciones Colihue, 2012). En abril de 2007 participó del Festival Internacional de Poesía de Santo Domingo, República Dominicana y en la Feria Internacional del Libro de dicho país representando a la Argentina. Integró la delegación argentina de escritores que participó de la III Feria Internacional del Libro de Venezuela en el mes de noviembre de 2007. En el año 2008 participó del Festival Internacional de Poesía de Medellín. Formó parte del Jurado Internacional en el Festival “Vértigo” del Nuevo Teatro Italiano en la Ciudad de Roma en el año 2010. Ha participado del Encuentro Latinoamericano de Escritores “Quito Capital de la Cultura” en Ecuador en setiembre de 2011. Es miembro fundador del espacio de intelectuales Carta Abierta. Trabaja en el periodismo cultural radial y en el Área de Políticas Culturales del Centro Cultural de la Cooperación.

Documento descargado de www.espaciojuanlortiz.com.ar
Revista Latinoamericana de Literatura

© Del Autor